

LIBROS

Los valores y el estudio de la sociedad

Una de las más fatigantes e ideológicamente interesadas estupideces que reitera el cientifismo contemporáneo es la que proclama la **neutralidad** del conocimiento científico. La ciencia, según esta doctrina, no conoce otro valor que la exactitud y la verdad; son los científicos, en tanto que ciudadanos o miembros al servicio de una clase, quienes se agitan movidos por motivos éticos o políticos. A la ciencia, que es una señora muy seria, no se la pueden suponer estos devaneos. Los valores dependen del ámbito nebuloso de lo oscurantista e irracional, en último término, de lo religioso. Algunos científicos, a los que su supuesto progresismo hace particularmente lerdos, se las ven y se las desean para conciliar sus ideales políticos con su anti-irracionalismo: sostienen que han alcanzado los valores que practican de modo estrictamente científico, como si de la ecuación de la objetividad y los hechos puros pudiese deducirse alguna vez válidamente una opción de compromiso con la justicia o la libertad. Naturalmente, los conservadores se refugian con más denodado afán en el avalorismo de la ciencia, repitiendo, en el peor de los casos, aquello tan bonito de Von Braun sobre que a él sólo le concernía la trayectoria e impulso del cohete destructor, no quién lo lanzaba y dónde (y sobre quién) caía, en el caso mejor, afirmando que no corresponde al científico en tanto que investigador la reforma de la sociedad, sino en tanto que demócrata, etcétera... Si esto es válido para todas las ramas del saber científico, más grave aún será la cosa en lo tocante a la sociología, por versar esta disciplina sobre la

sede misma de los valores y recibir cada juicio sociológico de inmediato una fuerte connotación valorativa.

Sumamente preciso y esclarecedor sobre el papel de los juicios de valor en la metodología de las ciencias sociales es el reciente librito del profesor Emilio Lamo que motiva este comentario (1). Tiene particular interés por intentar hacer una crítica interna del avalorismo, es decir, no desde el marxismo o el existencialismo, sino desde la propia contradicción intrínseca de la postura avalorista, cuyo representante más ilustre quizá sea Max Weber. Parte éste de la distinción entre **ciencias de la Naturaleza**, formales, causales y libres de contagio valorativo, y **ciencias de la cultura**, íntimamente relacionadas por su mismo asunto con los valores. Para poder ejercerse en estas últimas con no menor objetividad neutral que en aquéllas, Max Weber

(1) "Juicios de valor y ciencia social", de Emilio Lamo. Fernando Torres Ed., Col. Interdisciplinar, 1976.

señala que las ciencias de la cultura deben hacer referencia a los valores, pues no tratan de otra cosa, pero deben abstenerse de hacer ellas mismas juicios de valor. Mediante este juego de manos mágico se resuelve un problema que ni siquiera se ha llegado a plantear convenientemente, pues todo está viciado desde que se supone que las ciencias de la Naturaleza están separadas de lo valorativo. Emilio Lamo presenta con notable claridad los distintos aspectos éticos, filosóficos, sociológicos y metodológicos implicados en esta perspectiva, así como los críticos desde dentro con envidiable penetración. La voluntaria limitación de su empeño le impide analizar los valores estrictamente "científicos" de la ciencia sin valores —la verdad, la honradez, la exactitud...— y la ética desmoralizada que subyace incluso a la neutralidad más maníaca. Pero, aun admitiendo por un momento tal neutralidad a nivel de planteamiento abstracto, no es difícil demostrar

que toda incidencia concreta del conocimiento se ve teñida, orientada y estimulada por opciones esencialmente valorativas. Como señala Emilio Lamo: "Incluso la decisión más altamente teórica e intelectual tiene un componente de libertad y responsabilidad, es decir, que la teoría no está de ningún modo separada de la práctica real, y toda metodología implica no sólo un modo de hacer ciencia, sino también un modo de vivir".

La opción evaluativa no brota, ni mucho menos, a nivel de las aplicaciones de la ciencia ¿qué hacer con el átomo?, ¿es más urgente conquistar la Luna que vencer el hambre?, sino en su mismo comienzo epistemológico, cuando se definen el ámbito y características de lo "científico", "lo útil" o "lo verdadero". ¿Acaso no es profunda e inequívocamente ética —y por tanto éticamente discutible— la noción paradigmática de "dominio de la Naturaleza", "progreso del saber" o "mejora de la vida"? El equívoco nace quizá en la obra de Kant, que disocia los juicios de hecho de los juicios de valor, sancionando la escisión doblemente engañosa entre el armónico y éticamente neutro reino de la Naturaleza y el discordante ámbito de la voluntad libre y su insumisión ante la pureza de las normas morales. Lástima que al juzgar la posteridad kantiana siga Emilio Lamo las opiniones de Habermas sobre Nietzsche y Schopenhauer, francamente erróneas y explicativas de muchas de las penosas limitaciones teóricas del autor de "Conocimiento e interés". Precisamente es en Schopenhauer y, fundamentalmente, en Nietzsche donde se hallan las raíces de cualquier intento superador de esa dicotomía, lo mismo que de la "neutralidad" científica o del concepto de la ciencia como único conocimiento auténtico (2), muy al contrario de lo que con apresurado simplismo supone Habermas. Como bien concluye Lamo, la dicotomía metodológica entre juicios de valor y juicios de hecho consagra a nivel cognoscitivo la escisión real del mundo dominado, dividido en la fuerza necesaria de las cosas y

(2) Sobre este punto se puede consultar, entre otros, el "Nietzsche critique de Kant", de Olivier Reboul. PUF, 1974.

